

Teorías modernas tienen solas el poder que se les atribuye, y que yo no les disputo con tal que no se prescindan de sus fuentes: ¿cómo los *Estados Unidos*, que es donde se han más latamente aplicado, les niegan á los Africanos todos los derechos de hombres, porque son negros? Ante un ejemplo tan evidente y notable, las armas de los adversarios del Cristianismo tórnase contra ellos mismos con irresistible fuerza; y considerando que los antiguos miraban al esclavo como un ser degradado, con indeleble estigma sellado, de quien era posible hacer un *liberto*, pero nunca un hombre *libre*, como una cosa, en fin, no como un ser racional, no hay arbitrio para negar que el día mismo en que doce hombres desconocidos lanzándose al universo desde un ignorado rincón de Oriente osaron decirles á los hombres: — « *Todos sois hermanos: amaos los unos á los otros!* » — la esclavitud quedó abolida de derecho, ya que no de hecho por el momento.

Un pueblo solo se nos ofrece en la historia antigua, como excepción en el doloroso espectáculo que presenta la humanidad repudiando á la mitad de sí misma; y ese pueblo lo forman las hordas de bárbaros errantes en las selvas de la *Germania*, que viandantes más que moradores de un áspero clima y de una tierra inculta, sin patria casi, y en la ignorancia completa, adivinaron, sin embargo, lo que la civilización había de probarles más tarde á todos. Ellos solos, entre todos los pueblos de la tierra respetaban á las mugeres; así lo afirmamos aunque un grande historiador llama quimérica á esa opinión, fundada, dice, en una frase de Tácito. No negaremos ni la utilidad ni la prudencia de discutir las opiniones generalmente admitidas; pero exagerar en ese punto el espíritu de exámen conduce directamente al error y á la paradoja. Según el autor á que aludimos, el respeto á la muger, procede de la preponderancia de los hábitos domésticos, carácter esencial del sistema feudal; y eso es cierto; pero la *Feudalidad* misma, expresión tal vez exagerada de la independencia de la familia y del individualismo, vinieron á Europa con los Germanos, sus conquistadores,

en quienes el sentimiento *personal* dominaba imperiosamente. ¿Porqué la misma causa no pudo producir antes, los efectos que después se le reconocen? — Nadie ha visto, ni pretendido ver, en los Germanos la caballeresca galantería de la edad media; mas el respeto, como todos los demás sentimientos, puede manifestarse bajo distintas formas. Las costumbres de la última citada época ofrecen tanta semejanza con las que de los Germanos refiere Tácito que, no pudiendo ser copias de otras, forzosamente hemos de creerlas tradicionales. Para condenar á Tácito, á quien tantas analogías justifican, sería preciso probar que faltó á la verdad: no basta decirlo simplemente. Mientras eso no se pruebe, con fundamento puede creerse que aquel sentimiento á la antigüedad desconocido, hacia de los *Germanos bárbaros* un pueblo predestinado al Cristianismo y á la civilización moderna; y si invadieron el Imperio Romano ya porque, arrojados de su propio territorio, necesario les era buscar fortuna en otra parte, ya porque las tribus, como las olas del mar se empujaban unas á otras hacia Occidente, tales fenómenos son efectos y no la causa, que es preciso buscar en más elevada esfera. El mundo antiguo había corrido su carrera, moriase física y moralmente; y era forzoso que un nuevo cuerpo, en cuyas venas discurriese ardiente una sangre virgen, se formara para recibir un espíritu regenerador.

Elevadas en fin á la categoría de compañeras del hombre, mostráronse de ello dignas las mugeres, por su generosa completa abnegación, siguiendo á sus esposos á la guerra, curándoles las heridas, á veces con los labios mismos, excitándolos al combate, alentándolos en la lucha, conteniéndolos en la fuga, y más de una vez obligándoles á dar frente al enemigo. Cautivas, preferían la muerte á la esclavitud: heroísmo salvaje, sin duda, pero heroísmo al cabo, del cual se encuentran, sí, ejemplos aislados en la antigüedad, pero nada parecidos á un sentimiento universal y espontáneo, fundado en la conciencia de la dignidad humana como entre las mugeres germanas

Luego, cuando la Religion, dulcificando las costumbres, suavizó las de la especie, cada sexo volvió á ocupar el lugar que la naturaleza le asignara, limitándose á las funciones propias de sus peculiares facultades. Vióse entonces á la muger, jóven y bella, retirarse voluntariamente del mundo, consagrarse á Dios; aquellas á quienes el cielo no llamaba al claustro, aprendieron á permanecer castas sin renunciar al deseo de agradar; la libertad les inspiró el valor y las fuerzas necesarias para defenderse á sí mismas; y el lazo con que cautivaban á los hombres cesó de ser el yugo que el acreedor le impone al deudor insolvente.

Al influjo de las ideas cristianas varió el amor de carácter, dejando de ser como entre los paganos la mera expresion de la necesidad y del sensualismo. Uno de los mas bellos trozos que la humanidad ha legado de su literatura es la Introduccion del poema de Lucrecio, en que pinta el amor con una gracia, con una energía, con una plenitud que ninguna traduccion ha reproducido ni acertará nunca á reproducir por entero. La naturaleza toda, por el fuego de Citerea estimulada, se conmueve agitada, y precipitase en la esfera de la voluptuosidad, cruzando los aires, abismándose en las aguas, triscando en las praderas, perdiéndose en las selvas, y aquí como allí y en todas partes sintiéndose los seres atraídos unos á otros por una magnética irresistible fuerza. Asiste la naturaleza inorgánica al gran misterio, favoreciéndole la tierra con sus flores, las auras con su aliento, las ondas con su murmullo; y para que nada falte da ejemplo á todos el Olimpo, mostrándoles el terrible númen de la guerra, postrado en el regazo de Venus, que enlazándole y envolviéndole en la morbidez de sus bellas formas, pero echando atrás la divina cabeza, fascinábale con los ojos, y con los labios le aspiraba el alma.

Dejábase el mundo llevar entonces por el instinto del placer, sintiendo que era dulce satisfacerlo, y pensando además que debia ser santo el imitar á los Dioses, á quienes llevaban los mortales la ventaja de no ser como ellos en sus adúlteros amores estériles.

Pero súbito, envia Dios al Arcángel Gabriel á un lugar de Galilea llamado *Nazaret*, en busca de una Virgen, por nombre María, desposada con un Varon del linage de David, el santo José; y llegado el divino mensajero á presencia de la purísima doncella, saludóla diciendo: « Dios te » salve, María: llena eres de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres » entre todas las mugeres. » Turbada la Virgen, procuraba inquirir el significado de aquella salutacion, mas el Angel le dijo: « — No temas, Ma- » ria, porque has hallado gracia ante el Señor; y concebirás en tus entra- » ñas y darás á luz un hijo, á quien llamarás Jesus! — ¿Cómo (replicó Ma- » ria), cómo puede ser eso, si yo nunca conocí varon? — El *Espiritu Santo* » (repuso Gabriel) bajará sobre tí, y la virtud del Altísimo te envolverá en » su sombra. »

El paganismo enlazaba al hombre con los dioses por medio del respeto y del temor; la nueva religion hacia bajar á Dios hasta los hombres, movido por la piedad y el amor, palabra que adquirió entonces un alto significado de que antes carecia, uniendo, por decirlo así, el cielo con la tierra. — Mucho fué perdonado á los que mucho amaran; amóse en nombre y por gracia de Dios; y un ardiente espiritualismo reemplazó en los escritos la sensualidad pagana, hasta tocar en el extremo opuesto, haciendo hablar al hombre como si cuerpo no tuviera.

La naturaleza, sin embargo, que nunca pierde sus derechos, restableció pronto el equilibrio entre el espíritu y la materia, reduciendo á entrambos á sus justos límites: mas antes el espiritualismo exagerado produjo mas de un funesto efecto sobre todo en las mugeres, que extraviadas por su ardiente imaginacion, pasaron mas de una vez por los sentidos, creyendo ir en busca del espíritu. No acusemos por eso el principio: el mal está en la flaqueza humana, que originalmente contaminada por el pecado, desnaturaliza hasta el bien mismo para satisfacer sus pasiones, y mintiendo á su conciencia, busca disculpa á sus faltas con insigne hipocresía.

La reaccion se ha hecho, y completa, y exagerada como siempre; he-

mos vuelto casi, por desdicha, á las costumbres paganas; y la filosofía se preocupa alarmada ya de ese moral gravísimo fenómeno. Moralistas audaces han llegado á proponer como remedio, convertir el matrimonio en un contrato á voluntad de los contrayentes disoluble, asegurando el hombre á la muger contra las contingencias onerosas de la maternidad: pero la sociedad, como de costumbre, se reformará por sí misma, dejando solo á sus legisladores el trabajo de sancionar y regularizar los hechos. En todo caso, si llegase á prevalecer la idea de sustituir á la santidad del matrimonio, una union voluntaria y efímera, la invencion se reduciría á resucitar la forma legal, aunque inmoral, con que los Romanos se figuraban conseguir la castidad del lazo conyugal.

En el matrimonio cristiano, y en él exclusivamente, estriban la seguridad del hombre, la dignidad de la muger, la estimacion recíproca, y el respeto de los hijos á sus padres. Los mas resueltos enemigos de esa santa institucion se ven reducidos á parodiarla, sustituyendo la realidad con la sombra, é imponiéndose todas las cargas sin gozar de los beneficios del Sacramento.

D'ARAQUY.

LA MUGER.

Quando del negro caos surgió el mundo
A la voz del Señor, y el sol radiante
Vibró su luz al seno mas profundo
Del estrellado cielo rutilante;

Contemplando Jehová cómo Natura
Nace y alienta, á su querer sumisa:
« — Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo; y bañóla en celestial sonrisa.

Bañóla, y fueron perfumadas flores,
Ondas soberbias, los dorados trigos,
Auras calladas, vientos bramadores,
Lagos y rios de la mar amigos.

Mas aun así, mirando cuál Natura
Bella sé acrece á su querer sumisa.
« — ¡Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

Y fueron el Leon de ancha melena,
El Aguila caudal, el Jilguerillo,
El Pez humilde y colosal Ballena,
Lento el Reptil y raudo el Cervatillo.

Mas aun así, mirando cuál Natura
Seres anima á su querer sumisa:
« — ¡Fáltale alguna cosa á su hermosura! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

INTRODUCCION.

Del barro entonces, á su imágen santa,
Al Hombre forma Rey de lo creado,
Al Hombre que hasta el cielo se levanta
En alas de su Ingenio arrebatado :

Mas aun así, mirando cuál Natura,
Un Rey acata, á su querer sumisa :
« — Fáltale alguna cosa á su hermosura ! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

Fundiendo del Amor al fuego ardiente
La Fe, la Caridad y la Esperanza,
Dió vida á la *Mujer*, y á la doliente
Raza de Adan un Angel de bonanza ;

Y entonces ya mirando á la Natura
Completa en fin y á su querer sumisa :
« — No falta cosa alguna á su hermosura ! »
Dijo el Señor con celestial sonrisa.

HECTOR DE CHARLIEU.

